

Encuentro de la fraternidad



1. COMPARTIMOS

- ❖ En diez líneas, ¿cómo describiría *su vida como vocación*, es decir, “*como proyecto amoroso de Dios sobre Ud.*”? Trate de escribirlo con sentido experiencial o testimonial.

- ❖ ¿Qué les gustaría pedir a la fraternidad como camino formativo para un *mayor crecimiento espiritual y marista*? Explícite aspectos o dimensiones para tener en cuenta.

- ❖ Imaginar alguna **experiencia de Formación conjunta**, como señala el texto que se ofrece.

- ❖ ¿Cómo nos sentimos ante el *llamado a la santidad* del Papa Francisco?

2. NOS ENRIQUECEMOS

A. FORMACIÓN CONJUNTA

Encuentro internacional de LAS AVELLANAS, 2013

Introducción

Estos procesos de formación pretenden construir y recrear la identidad marista. La vocación marista es una llamada personal y comunitaria. Es participación en un carisma que nos pertenece a todos. Laicos y hermanos podemos tener una vocación carismática común y, a la vez, específica.

La respuesta comunitaria a la llamada de Dios se fortalece con la vivencia en fidelidad de las identidades específicas: laicos casados o solteros, hermanos, hermanas, sacerdotes... El camino de complementariedad enriquece este don de Dios a la Iglesia y es signo de comunión.

Los *procesos de formación* buscan enriquecer y desarrollar nuestra vocación fundamental como cristianos, nuestra vocación común como maristas y nuestras vocaciones específicas como laicos, hermanos, hermanas, sacerdotes...



Al realizarlos *conjuntamente* queremos expresar que, laicos y hermanos, nos estamos sintiendo recíprocamente necesitados para recrear nuestra identidad marista común y nuestras identidades específicas.

Estos procesos suponen una *opción libre, voluntaria y responsable*, para seguir un itinerario formativo que busca desarrollar unos valores comunes puestos al servicio de la misión y en sintonía con el descubrimiento de un Dios que invita a la conversión, a la radicalidad y al testimonio.

El *sentido de proceso* resalta la idea de camino, itinerario... más que acciones puntuales programas sin visión.

Concepto

**para recrear la
identidad
marista**

Estos procesos de formación pretenden construir y recrear la identidad marista. La vocación marista es una llamada personal y comunitaria. Es participación en un carisma que nos pertenece a todos. Laicos y hermanos podemos tener una vocación carismática común y, a la vez, específica.

La respuesta comunitaria a la llamada de Dios se fortalece con la vivencia en fidelidad de las identidades específicas: laicos casados o solteros, hermanos, hermanas, sacerdotes... El camino de complementariedad enriquece este don de Dios a la Iglesia y es signo de comunión.

Los procesos de formación buscan enriquecer y desarrollar nuestra vocación fundamental como cristianos, nuestra vocación común como maristas y nuestras vocaciones específicas como laicos, hermanos, hermanas, sacerdotes... Al realizarlos **sintiéndonos recíprocamente necesitados** *conjuntamente* queremos expresar que, laicos y hermanos, nos estamos sintiendo recíprocamente necesitados para recrear nuestra identidad marista común y nuestras identidades específicas.

Estos procesos suponen una *opción libre, voluntaria y responsable*, para seguir un itinerario formativo que busca desarrollar unos valores comunes puestos al servicio de la misión y en sintonía con el descubrimiento de un Dios que invita a la conversión, a la radicalidad y al testimonio. El *sentido de proceso* resalta la idea de camino, itinerario... más que acciones puntuales o programas sin visión.

es formación experiencial y comunitaria La dimensión formativa es básicamente experiencial, vivencial... para la vida y desde la vida, que mueva a la conversión permanente. Es igualmente comunitaria. La vocación es para ser vivida en comunidad, es esencialmente comunitaria. La centralidad de la comunidad aparece en todos los procesos formativos conjuntos y específicos.

En el encuentro de Quito (2008) se dirá: La formación conjunta quiere expresar que, laicos, laicas y hermanos, nos sentimos recíprocamente necesitados para desarrollar nuestra identidad marista común y nuestras identidades específicas. La complementariedad enriquece este don de Dios a la Iglesia y es signo de comunión. Juntos debemos discernir las implicaciones de este nuevo camino.

en búsqueda de caminos de renovación y vitalidad carismática La formación conjunta apunta al futuro. Busca promover creativamente y, dentro de la complementariedad de vocaciones en el mismo carisma marista, caminos de renovación y vitalidad institucional. El acento está puesto en la búsqueda de nuevos parámetros de vida marista, donde debieran aparecer expresiones nuevas de identidad marista, tanto para el hermano, para el laico marista o para los dos en una vida compartida.

B. EL LLAMADO A LA SANTIDAD

Gaudete et exultate, Papa Francisco

Los santos que nos alientan y acompañan

- En la carta a los Hebreos se mencionan distintos testimonios que nos animan a que «corramos, con constancia, en la carrera que nos toca» (12,1). Allí se habla de Abraham, de Sara, de Moisés, de Gedeón y de varios más, y sobre todo se nos invita a reconocer que tenemos «una nube tan ingente de testigos» que nos alientan a no detenernos en el camino, nos estimulan a seguir caminando hacia la meta. Y entre ellos puede estar nuestra propia madre, una abuela u otras personas cercanas (cf. 2 Tm 1,5). Quizá su vida no fue siempre perfecta, pero aun en medio de imperfecciones y caídas siguieron adelante y agradaron al Señor.



Los santos de la puerta de al lado

- No pensemos solo en los ya beatificados o canonizados. El Espíritu Santo derrama santidad por todas partes, en el santo pueblo fiel de Dios, porque «fue voluntad de Dios el santificar y salvar

a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente». El Señor, en la historia de la salvación, ha salvado a un pueblo. No existe identidad plena sin pertenencia a un pueblo. Por eso nadie se salva solo, como individuo aislado, sino que Dios nos atrae tomando en cuenta la compleja trama de relaciones interpersonales que se establecen en la comunidad humana: Dios quiso entrar en una dinámica popular, en la dinámica de un pueblo.

5. Me gusta ver la santidad en el pueblo de Dios paciente: a los padres que crían con tanto amor a sus hijos, en esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a su casa, en los enfermos, en las religiosas ancianas que siguen sonriendo. En esta constancia para seguir adelante día a día, veo la santidad de la Iglesia militante. Esa es muchas veces la santidad «de la puerta de al lado», de aquellos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios, o, para usar otra expresión, «la clase media de la santidad».

6. Dejémonos estimular por los signos de santidad que el Señor nos presenta a través de los más humildes miembros de ese pueblo que «participa también



de la función profética de Cristo, difundiendo su testimonio vivo sobre todo con la vida de fe y caridad». Pensemos, como nos sugiere santa Teresa Benedicta de la Cruz, que a través de muchos de ellos se construye la verdadera historia: «En la noche más oscura surgen los más grandes profetas y los santos. Sin embargo, la corriente vivificante de la vida mística permanece invisible. Seguramente, los acontecimientos decisivos de la historia del mundo fueron esencialmente influenciados por almas sobre las cuales nada dicen los libros de historia.

Y cuáles sean las almas a las que hemos de agradecer los acontecimientos decisivos de nuestra vida personal, es algo que solo sabremos el día en que todo lo oculto será revelado».

El Señor llama

7. Todo esto es importante. Sin embargo, lo que quisiera recordar con esta Exhortación es sobre todo el llamado a la santidad que el Señor hace a cada uno de nosotros, ese llamado que te dirige también a ti: «Sed santos, porque yo soy santo» (Lv 11,45; cf. 1 P 1,16). El Concilio Vaticano II lo destacó con fuerza: «Todos los fieles, cristianos, de cualquier condición y estado, fortalecidos con tantos y tan poderosos medios de salvación, son llamados por el Señor, cada uno por su camino, a la perfección de aquella santidad con la que es perfecto el mismo Padre».
8. «Cada uno por su camino», dice el Concilio. Entonces, no se trata de desalentarse cuando uno contempla modelos de santidad que le parecen inalcanzables. Hay testimonios que son útiles para estimularnos y motivarnos, pero no para que tratemos de copiarlos, porque eso hasta podría alejarnos del camino único y diferente que el Señor tiene para nosotros. Lo que interesa es que cada creyente discierna su propio camino y saque a la luz lo mejor de sí, aquello tan personal que Dios ha puesto en él (cf. 1 Co 12, 7), y no que se desgaste intentando imitar algo que no ha sido pensado para él. Todos estamos llamados a ser testigos, pero «existen muchas formas existenciales de testimonio». De hecho, cuando el gran místico san Juan de la Cruz escribía su Cántico Espiritual, prefería evitar reglas fijas para todos y explicaba que sus versos estaban escritos para que cada uno los aproveche «según su modo». Porque la vida divina se comunica «a unos en una manera y a otros en otra».

9. Dentro de las formas variadas, quiero destacar que el «genio femenino» también se manifiesta en estilos femeninos de santidad, indispensables para reflejar la santidad de Dios en este mundo. Precisamente, aun en épocas en que las mujeres fueron más relegadas, el Espíritu Santo suscitó santas cuya fascinación provocó nuevos dinamismos espirituales e importantes reformas en la Iglesia. Podemos mencionar a santa Hildegarda de Bingen, santa Brígida, santa Catalina de Siena, santa Teresa de Ávila o santa Teresa de Lisieux. Pero me interesa recordar a tantas mujeres desconocidas u olvidadas quienes, cada una a su modo, han sostenido y transformado familias y comunidades con la potencia de su testimonio.
10. Esto debería entusiasmar y alentar a cada uno para darlo todo, para crecer hacia ese proyecto único e irrepetible que Dios ha querido para él desde toda la eternidad: «Antes de formarte en el vientre, te elegí; antes de que salieras del seno materno, te consagré» (Jr 1,5).

También para ti

11. Para ser santos no es necesario ser obispos, sacerdotes, religiosas o religiosos. Muchas veces tenemos la tentación de pensar que la santidad está reservada solo a quienes tienen la posibilidad de tomar distancia de las ocupaciones ordinarias, para dedicar mucho tiempo a la oración. No es así. Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra. ¿Eres consagrada o consagrado? Sé santo viviendo con alegría tu entrega. ¿Estás casado? Sé santo amando y ocupándote de tu marido o de tu esposa, como Cristo lo hizo con la Iglesia. ¿Eres un trabajador? Sé santo cumpliendo con honradez y competencia tu trabajo al servicio de los hermanos. ¿Eres padre, abuela o abuelo? Sé santo enseñando con paciencia a los niños a seguir a Jesús. ¿Tienes autoridad? Sé santo luchando por el bien común y renunciando a tus intereses personales.
12. Deja que la gracia de tu Bautismo fructifique en un camino de santidad. Deja que todo esté abierto a Dios y para ello opta por él, elige a Dios una y otra vez. No te desalientes, porque tienes la fuerza del Espíritu Santo para que sea posible, y la santidad, en el fondo, es el fruto del Espíritu Santo en tu vida (cf. Ga 5,22-23). Cuando sientas la tentación de enredarte en tu debilidad, levanta los ojos al Crucificado y dile: «Señor, yo soy un pobrecillo, pero tú puedes realizar el milagro de hacerme un poco mejor». En la Iglesia, santa y compuesta de pecadores, encontrarás todo lo que necesitas para crecer hacia la santidad. El Señor la ha llenado de dones con la Palabra, los sacramentos, los santuarios, la vida de las comunidades, el testimonio de sus santos, y una múltiple belleza que procede del amor del Señor, «como novia que se adorna con sus joyas» (Is 61,10).
13. Esta santidad a la que el Señor te llama irá creciendo con pequeños gestos. Por ejemplo: una señora va al mercado a hacer las compras, encuentra a una vecina y comienza a hablar, y vienen las críticas. Pero esta mujer dice en su interior: «No, no hablaré mal de nadie». Este es un paso en la santidad. Luego, en casa, su hijo le pide conversar acerca de sus fantasías, y aunque esté cansada se sienta a su lado y escucha con paciencia y afecto. Esa es otra ofrenda que santifica. Luego vive un momento de angustia, pero recuerda el amor de la Virgen María, toma el rosario y reza con fe. Ese es otro camino de santidad. Luego va por la calle, encuentra a un pobre y se detiene a conversar con él con cariño. Ese es otro paso.



14. A veces la vida presenta desafíos mayores y a través de ellos el Señor nos invita a nuevas conversiones que permiten que su gracia se manifieste mejor en nuestra existencia «para que participemos de su santidad» (Hb 12,10). Otras veces solo se trata de encontrar una forma más perfecta de vivir lo que ya hacemos: «Hay inspiraciones que tienden solamente a una extraordinaria perfección de los ejercicios ordinarios de la vida». Cuando el Cardenal Francisco Javier Nguyễn van Thuân estaba en la cárcel, renunció a desgastarse esperando su liberación. Su opción fue «vivir el momento presente colmándolo de amor»; y el modo como se concretaba esto era: «Aprovecho las ocasiones que se presentan cada día para realizar acciones ordinarias de manera extraordinaria».
15. Así, bajo el impulso de la gracia divina, con muchos gestos vamos construyendo esa figura de santidad que Dios quería, pero no como seres autosuficientes sino «como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios» (1 P 4,10). Bien nos enseñaron los Obispos de Nueva Zelanda que es posible amar con el amor incondicional del Señor, porque el Resucitado comparte su vida poderosa con nuestras frágiles vidas: «Su amor no tiene límites y una vez dado nunca se echó atrás. Fue incondicional y permaneció fiel. Amar así no es fácil porque muchas veces somos tan débiles. Pero precisamente para tratar de amar como Cristo nos amó, Cristo comparte su propia vida resucitada con nosotros. De esta manera, nuestras vidas demuestran su poder en acción, incluso en medio de la debilidad humana».

3. NUESTRA ORACIÓN AL SEÑOR

❖ Todos estamos llamados a ser santos.

“Para ser santos no es necesario ser obispos, sacerdotes, religiosas o religiosos. Muchas veces tenemos la tentación de pensar que la santidad está reservada solo a quienes tienen la posibilidad de tomar distancia de las ocupaciones ordinarias, para dedicar mucho tiempo a la oración. No es así. Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra. ¿Eres consagrada o consagrado? Sé santo viviendo con alegría tu entrega. ¿Estás casado? Sé santo amando y ocupándote de tu marido o de tu esposa, como Cristo lo hizo con la Iglesia. ¿Eres un trabajador? Sé santo cumpliendo con honradez y competencia tu trabajo al servicio de los hermanos. ¿Eres padre, abuela o abuelo? Sé santo enseñando con paciencia a los niños a seguir a Jesús. ¿Tienes autoridad? Sé santo luchando por el bien común y renunciando a tus intereses personales”. (Papa Francisco) (...)



❖ Compartir: ¿Qué me dice el texto del Papa Francisco?

❖ Oración por la santidad de vida

Creo en ti, Señor,
pero ayúdame a creer con firmeza;
espero en ti, pero ayúdame a esperar sin desconfianza;
te amo, Señor, pero ayúdame a demostrarte que te quiero.

Te adoro, Señor, porque eres mi creador
y te anhele porque eres mi fin;
te alabo, porque no te cansas de hacerme el bien
y me refugio en ti, porque eres mi protector.

Que tu sabiduría, Señor,
me dirija y tu justicia me reprima;
que tu misericordia me consuele
y tu poder me defienda.

Te pido, Señor, que ilumines mi entendimiento,
que fortalezcas mi voluntad,
que purifiques mi corazón
y santifiques mi espíritu.
Dame tu gracia, Señor,
para amarte y olvidarme de mí,
para buscar el bien de mi prójimo.

Ayúdame, Señor,
a superar con austeridad el placer,
con generosidad la avaricia,
con amabilidad la ira,
con fervor la tibieza.

Concédeme, Señor,
atención al orar,
responsabilidad en mi trabajo
y firmeza en mis propósitos.

Enséñame, Señor,
a comprender la pequeñez de lo terreno,
la grandeza de lo divino,
la brevedad de esta vida
y la eternidad de la futura.
Amén.

